

La entrevista

Toni Puig

*Odio los putas másteres de gestión cultural
porque han unido la cultura con la economía*

Daniel Heredia

25

Martes, 9 de junio de 2020. Seis de la tarde. Las condiciones son extrañas. Estamos en estado de alarma, confinados por la COVID-19, y la capital catalana se encuentra en fase 2 del *Plan para la transición hacia la nueva normalidad* tras la crisis del coronavirus. Cádiz, en fase 3. Al otro lado del teléfono, descuelga el hombre que a principios de los años ochenta cambió la ciudad de Barcelona dotándola de marca propia. Toni Puig (Barcelona, 1945) estudió teología, filosofía y arte, cofundó *Ajoblanco* en 1974 —una revista que sacudió los cimientos de la sociedad tardofranquista—, trabajó como asesor del Ayuntamiento de Barcelona durante más de treinta años, donde impulsó el concepto de «marca ciudad», y escribió libros como *Se acabó la diversión*, *La comunicación municipal cómplice de los ciudadanos* y *Marca ciudad*, entre otros. En la actualidad, como reconocido especialista en *marketing* público y gestión cultural, gestiona un monasterio del siglo X que funciona como centro cultural. Lo que une toda su trayectoria es la opción por lo público, por los ciudadanos, por la creatividad colaborativa. Sigue cumpliendo años como si tuviera siempre una edad inversa.

¿Cómo lleva el confinamiento?

Estoy sintiendo una cara y una cruz. La cara es el trabajo. He pensado mucho sobre el mundo en el que vivimos y lo que deberíamos hacer para que esto no se vuelva a repetir. Y pienso especialmente en la cultura, que debe dejar de ser espectáculo y convertirse en más insumisa, porque hemos vivido hasta hace nada en una cultura decoración que no cuestiona a los grandes buitres empresariales que están construyendo un mundo muy desigual y que está destruyendo la naturaleza. Y todo con el apoyo de los gobiernos hiper partidarios, a los que los ciudadanos les importan una puta mierda. De aquí sale Vox, que me espanta. He aprovechado también este tiempo para escribir mucho. La cruz han sido las noticias. Al principio las veía y las leía mucho, pero cada vez he ido alejándome de ellas porque lo que hemos vivido con los viejos ha sido un horror. Yo tengo 75 años y me considero una persona vieja. Y esta teoría de que los viejos tienen que dejarse morir porque no servimos, tal y como ha expresado tan horrorosamente, por ejemplo, la presidenta de Madrid me parece de una barbaridad y de una insolencia insoportable. Yo no quiero vivir en un mundo así. Creo que nos falta desobediencia civil. Hemos de desobedecer y de desacelerar, con tranquilidad y sin violencia alguna. Los ciu-

dadanos nos hemos vuelto, y perdón por las palabras que voy a usar, unos retrasados, unos subnormales y unos comodones que esperamos que nos lo solucionen todo. Me parece que el poscoronavirus será el momento de los ciudadanos, movilizándonos con ideas y propuestas para que los de siempre sepan cómo queremos vivir.

A partir de ahora hará falta una gran revolución creativa para adaptarnos a los nuevos tiempos, ¿no?

Sí, porque ya hemos visto que los únicos que quieren una gran revolución creativa son los buitres del capitalismo destructivo. Y son muy inteligentes, ojo. No se les puede negar que, en estos cuarenta años, porque solo llevamos cuarenta años de democracia, lo han hecho muy bien y nos han destrozado a nosotros y a la tierra. Me duele mucho decirlo porque yo he estado metido en el sector público gubernamental casi cuarenta años, pero no me fió de nuestros políticos y de nuestros gobiernos. Los actuales gobernantes tienen inteligencia emocional cero. Insisto en que los ciudadanos tenemos que tomar el timón, ser creativos y experimentar una creatividad solidaria. ¿Cómo salimos juntos de todo esto? Me preocupa mucho. Porque habrá una crisis ecológica dentro de diez o quince años. Y no tenemos vacuna para esta crisis. Muchos se lo toman a risa y no es motivo de risa. Un ejemplo actual de estupidez. Me horroriza esta supuesta vuelta a la normalidad, que es una vuelta a la crisis, donde lo más importante es abrir las terrazas. ¡Pero es que estamos locos! Y que quieran abrir las discotecas me parece barbarie pura. No hay solidaridad. Si yo estoy feliz, me da igual si infecto al otro, es la forma de pensar actual. Este mundo es un horror y quiero combatir el horror.

¿Qué quedará de la cultura que hemos conocido en la «nueva normalidad»?

Para empezar debemos separar el espectáculo de la cultura. Me enervan todas estas empresas que montan megaconciertos y super *shows* y que están pidiendo al Ministerio de Cultura que las rescaten. No estoy en contra de estas empresas, pero son empresas del sector de la diversión, no de la cultura. El sector de la cultura exige esfuerzo, pide pensar y propone valores cívicos, no simplemente entretenimiento. La primera gran ruptura es entre las empresas del sector del entretenimiento y el sector de la cultura, que, insisto, no pueden ser empresas. Lo siento, así lo pienso. La cultura debe ser pública. Yo reivindico que los servicios básicos de una ciudad o de una ciudad deben ser, por este orden: 1) la cultura, que

plantea cómo debemos vivir, 2) la educación, que tenemos que transmitir a los jóvenes, 3) la sanidad, y 4) otros servicios, pero la cultura, la educación y la sanidad deben ser públicas. Y la cultura debe ser lo primero. Si hemos evolucionado como especie ha sido gracias a la cultura, porque nos hemos sentido solidarios y hemos creado sistemas de vida. Esto nada tiene que ver con el sistema cultural, que me parecen juntas dos palabras horrorosas. No hay sistema cultural, sino gente que propone cultura con otra gente.

Aunque está jubilado, gestiona en la actualidad un monasterio del siglo X que funciona como centro cultural y ha desarrollado innumerables proyectos culturales en las últimas décadas. ¿Qué es la Cultura para Toni Puig?

Yo no estoy jubilado (risas), solo he dejado de trabajar en el Ayuntamiento de Barcelona y como profesor universitario, sobre todo porque daba clases a políticos y qué les voy a contar a los políticos a partir de ahora. Les mandaría que se fuesen de clase porque no han entendido nada. Nos toman el pelo. Yo no puedo dar clases después de todo lo que he visto en los últimos años. Ahora tengo un proyecto, y estoy trabajando en él, con una asociación cultural pequeña, con amigos y no amigos, donde intento hacer lo que cuento. Nos han dejado un monasterio del siglo X en las montañas, hacia el norte de Cataluña, y algunas iglesias románicas, y hemos montado una programación cultural adaptada al territorio y a la gente, artesanal, con poco dinero y mucha imaginación y solidaridad. Hace cuatro años que estoy inmerso en este proyecto donde, entre otras cosas, queremos mostrar un patrimonio cultural increíble. Y estoy encantado. He vuelto a la cultura agraria, digamos en broma, que se tiene que hacer con paciencia, hablando con los ciudadanos y siempre en pequeño formato. Le estoy poniendo mucha pasión, mucha imaginación y mucho amor. Y lo estamos haciendo con cuatro perras. Lo triste es que la gente de la cultura oficial de Barcelona y del resto de capitales grandes, que cada vez me interesan menos, no nos está haciendo ni puñetero caso. Este año, en la Feria Internacional de Turismo de Berlín, de cien proyectos culturales y ecológicos, nos han dado el tercer premio por una Bienal sobre el románico visto con los ojos de Picasso. Porque Picasso estuvo en aquel espacio en los años veinte del pasado siglo. Y sin ninguna obra original. Esta cultura de la gente, de la proximidad, del debate, del tú a tú, de proponer futuro, de trabajar conjuntamente es la que necesitamos. No los putos másteres de gestión cultural. Cada día los odio más, estoy de ellos hasta las narices. Y los odio

porque han unido la cultura con la economía. ¡Pero serán insensatos, carcamales e idiotas! La cultura va unida a la vida y en cómo la queremos vivir, no a la economía. Yo he vuelto a la cultura de los pueblos, de los barrios y de las pequeñas ciudades. Volver a empezar desde abajo hacia arriba. Con diálogo, porque no soy exclusivista, con las grandes instituciones culturales que guardan nuestro patrimonio y con los grandes museos. Pero de tú a tú, sin sumisión.

Lo que une toda su trayectoria es la opción por lo público, por los ciudadanos, por la creatividad colaborativa...

Sí, sí. Yo siempre he estado con los ciudadanos, aportando para que sean creativos y solidarios. Esto que voy a contar ahora puede sorprender a bastantes lectores, pero me ayudó bastante cuando descubrí la teología de la liberación en mis viajes a Latinoamérica, hace ya muchos años. Sobre todo la de los jesuitas de El Salvador, que ponían primero a los últimos, a los desheredados y a los pobres. Y la cultura debe volver aquí. En vez de grandes palacios de mármol y enormes estructuras de plástico, debemos cuidar a la gente que quiere buscar un sentido conjunto en su vida. Esto es la cultura.

¿Cuáles son, bajo su punto de vista, las diferencias entre marketing público y marketing privado?

(Gran carcajada y posterior resoplido) Yo me he creído lo del *marketing* público. Y me lo creo a pesar de lo que te he contado. Pero me he vuelto a las montañas y me he convertido en un anacoreta y un ermitaño de la cultura trabajando con la gente de tú a tú. El *marketing* público y el privado son de la misma madre pero de distinto padre. El padre del *marketing* privado es la ganancia, la competitividad y la economía siempre creciente. El padre del público es el bienestar

de la gente y la vida en plenitud. Son conceptos muy diferentes. Lo público debe mantenerse básicamente con lo que pagamos los ciudadanos con nuestros impuestos. Que no me cuenten que no hay dinero para lo público, que estuve treinta y cinco años en el Ayuntamiento de Barcelona. Al principio no teníamos un duro, y hablo de cuando montamos los Juegos Olímpicos. Y los montamos públicamente. Y nos endeudamos poco a poco, muy bien. Si algún político te dice

que no hay dinero, es que es un inepto. Y pienso que esa persona no sería capaz ni de montar una peluquería en su pueblo. El *marketing* empresarial, privado, lo que propone es una narración para hacer atractivo un producto y venderlo más. En cambio, el público plantea un valor cívico y ético para que los ciudadanos lo compartamos, y que a partir de este relato de valor saquemos un pueblo o una ciudad hacia adelante, sumando todos. Es muy distinto. Llevo contando esto durante más de treinta años y no me han hecho ni puto caso. ¿Por qué voy a seguir siendo profesor? Por esta razón, antes de desesperar, me he ido a las montañas.

27

Me parece que el poscoronavirus será el momento de los ciudadanos, movilizándonos con ideas y propuestas para que los de siempre sepan cómo queremos vivir.

¿Todos los proyectos culturales deben empezar con un pequeño equipo? ¿Y en un pequeño formato?

Siempre, siempre, siempre. El equipo es clave, y equipos sin expertos. Estoy de los expertos hasta las narices. Con alguna excepción, evidentemente. ¿Quiénes son los expertos? Aquellos que lo saben todo y que impiden hacer aquello que debemos hacer. Lo importante es crear un pequeño equipo que sienta el proyecto. Porque, ¿qué es un proyecto cultural y social? Es un valor y una visión del mundo, no una actividad ni un proceso, esto viene después. Hay que empezar por lo pequeño, y esforzarse y buscar los recursos y comunicarse con los ciudadanos y proponer

cosas que no sean simplemente interesantes, sino que provoquen una respuesta, transformen su vida y piensen y vivan mejor, dejando inercias, monotonías, insolidaridades... Para mí esto es fundamental. En estos momentos, todas las entidades culturales y de servicios sociales de las administraciones públicas llaman usuarios a su público, ¡qué horror!

Usuarios o consumidores...

Sí, sí, ¡qué horror! Recuerdo un seminario con altos directivos públicos en el que uno me preguntó no sé qué de los clientes. Inmediatamente le pedí al tipo que saliera de clase. Me preguntó por el motivo de la expulsión y le dejé bien claro que el primero que hablase de economía en un seminario de gestión cultural salía expulsado de clase. No aguanto más ordinarieces. Ya tengo una edad que me permite hacer estas cosas. Todos se quedaron pasmados. Parece mentira que estemos en lo público. Me pregunto en muchas ocasiones cómo hemos sido tan viles y tan idiotas de dejar que la cultura empresarial haya entrado tanto en nuestra mentalidad. Y no tengo nada contra la cultura empresarial productiva, entre otras razones porque mi papá se levantaría de la tumba y me daría dos hostias. Él fue un pequeño empresario y yo les tengo mucho respeto. Pero esta cultura empresarial de la competitividad que pone la economía en el primer plano ha matado toda el alma pública de este país. Esta epidemia entró a principios de los noventa. Antes de los noventa no mandaban los economistas, sino los abogados, y nada se podía hacer. Y así estamos.

¿Cuándo cree que mandarán los ciudadanos?

Siendo objetivos, algo que casi ya no soy, necesitamos economía, pero no esta economía destructiva de buitres. Necesitamos una economía productiva, circular. Después hay otro sector, el de la gobernabilidad, que está muy bien organizada. Y a continuación venimos los ciudadanos, que no tenemos ninguna organización. Sí, ya sé que tenemos organizaciones, que me las conozco, pero cada vez están más alejadas de las asociaciones que en los setenta y los ochenta lucharon por las ciudades y por los pueblos en materias de educación, de sanidad y de transporte común. Ahora se han convertido en asociaciones de servicios. Con usuarios. Yo soy un gran defensor de los movimientos sociales. El futuro pasa porque los ciudadanos nos unamos en movimientos sociales propositivos. Ahora mismo nos tenemos que plantar en las plazas y luchar por dos temas: la ecología y la increíble desigualdad que padecemos. Respecto a la ecología, debemos luchar no por lo verde o por los pajaritos o por las focas, sino

por la ecología como un sistema de respeto a la tierra y a nosotros mismos. Y respecto a la desigualdad, ¿cómo es posible que en Barcelona haya familias y niños que pasen hambre? No me lo puedo creer. ¡Pero dónde vivo? Cuando yo estaba en el Ayuntamiento de Barcelona, y no me considero un nostálgico de nada, conocíamos a las cien o ciento veinte personas que vivían en la calle. Las conocíamos personalmente. Y la mayoría en la calle porque tenía un trauma y no querían vivir en edificios. Pero sabíamos dónde estaba la pobreza de verdad. Trabajamos durante veinte años para que Barcelona fuese una ciudad más igual y que los habitantes de los barrios periféricos tuviesen los mismos servicios que los barrios centrales. Durante la cuarentena he reflexionado mucho sobre esto. Yo ya no quiero culpar más a las empresas y a los políticos. Yo me culpo a mí mismo. Y culpo a los ciudadanos, que nos hemos convertidos en un puñado de vagos que solo queremos que nos lo hagan todo.

Ha hablado de reinventar las asociaciones. ¿Cómo?

El sector asociativo lleva un tiempo trabajando de manera continuista, aunque ha introducido el virus de la economía. Lo han centrado todo en obtener recursos y esto es mortal. Me parece muy bien que hayan logrado infraestructuras, grandes profesionales, servicios continuados y ofrezcan servicios en nombre de los gobiernos, pero se han olvidado para qué sirven, que es proponer una vida mejor. Han olvidado toda la parte reivindicativa y ética. Y cuando los gobiernos no hacen lo que tienen que hacer, las asociaciones se lo tienen que decir. Han impedido que dentro del sector asociativo haya líderes porque hoy todo es la igualdad. Oiga, pues no. Váyanse a la mierda. ¿Alguien ha oído durante la pandemia a alguien entre los ciudadanos que esté trabajando en asociaciones dando algunos mensajes contra lo que está pasando? El futuro del sector asociativo debe replantearse muy a fondo, porque necesitamos asociaciones que no solo sean de servicios, sino asociaciones cívicas que movilicen a los ciudadanos e integren a los ciudadanos para los intereses comunes. Estas asociaciones cívicas deberían ser las que en un futuro impulsen los movimientos sociales en las calles y en las plazas. Nuestro lugar está en las plazas, con imaginación y no con violencia. Si nos quieren oír, bien, pero si no quieren oírnos vamos a invadir los ayuntamientos y nos vamos a sentar dentro hasta que nos escuchen. Porque el primer deber de un ayuntamiento o de un gobierno es escuchar a los ciudadanos. Y que no nos vengan con monsergas de que lo que pedimos es imposible. Los ciudadanos estuvimos pidiendo

durante un tiempo mejoras en la sanidad y no nos hicieron ni puto caso. Ahora hemos visto las consecuencias. También estamos pidiendo, sobre todo los jóvenes, que se cambie el modelo ecológico porque en veinte años puede explotar. Y tampoco nos hacen caso. Solo algunas palabras buenistas y algún proyecto de *marketing* tonto para disimular.

Uno de sus «proyectos imposibles» fue *Ajoblanco*, una publicación de espíritu libertario que ahora sería impensable. ¿Tanto hemos cambiado?

Sí, hemos cambiado muchísimo. Hemos perdido la inocencia y esto me parece muy grave. No quiero culpar a nadie porque es el ambiente general. Cuando montamos *Ajoblanco*, mi amigo Pepe Ribas, que es el que lideró el proyecto, quería una vida cotidiana de calidad y de plenitud. El equipo quería disfrutar en todo, de la convivencia, de la comida, del sexo, de la vida emocional, de la vida pública, etcétera. Nosotros fuimos los primeros que comenzamos a publicar en una revista de bastante tiraje, y durante el franquismo, no lo olvidemos, reportajes sobre el feminismo, la ecología, la igualdad sexual, las cárceles franquistas... *Ajoblanco* fue un proyecto que me cambió la vida. Siempre digo que Pepe era el padre y yo la madre. El equipo original era algo casi bisexual. O más bien poliamor. Porque era un proyecto muy en grupo, muy comunitario y artesanal. Me volqué tanto en *Ajoblanco* durante los setenta que creo que no tuve sexo durante toda la década.

¿Fue una especie de liberación?

Sí, sí, una especie de liberación que me llenaba mucho. Éramos un grupo de gente que siempre estábamos dialogando. Al final fue una revista imposible porque no encontramos el gerente para hacer la transformación de un grupo de gente libertaria, muy imaginativa y altruista, gente que sin caer excesivamente en la burocracia supiera transformar la organización en algo con perspectivas de futuro. Nosotros éramos muy hippies, en el buen sentido de la palabra, y no encontramos esa transición. Mi amigo Pepe Ribas siempre me ha dicho que fue una suerte no encontrar a ese gerente porque estaríamos muertos de cocaína. Hubiéramos montado un grupo como *El País*.

¿Le gusta que le llamen «el gurú de la ciudad»?

No. De hecho me horroriza. Esta definición me la hicieron en Buenos Aires. Yo iba mucho a Buenos Aires porque tenía una amiga genial, la que me montaba los viajes, una

mujer grande, inmensa, gordísima por culpa de una terrible enfermedad hormonal, y muy inteligente, que en sus años mozos fue la alumna predilecta de Borges. Gracias a ella trabajé mucho en Buenos Aires en temas culturales. Durante algunos años pasaba allí unos tres meses al año. Una vez, en *Clarín*, me hicieron una entrevista y la titularon con esa definición del «gurú de la ciudad». Y se quedó. Porque a los argentinos les encanta eso de hacer grandes. Todo lo ven a lo grande, a lo Maradona. Pero no hay gurú de ciudades. Una ciudad sale adelante porque hay un alcalde y un equipo que quieren que la ciudad salga adelante. No siempre sucede. Después publiqué en Buenos Aires un libro que vendió muchísimo y del que apenas he cobrado algo porque todo se lo ha quedado la editorial Planeta, que se llama *Marca ciudad*. Este libro se vendió muy bien en Latinoamérica, y creo que la propia editorial ha seguido sacando ediciones piratas de este libro. Esto hizo que me mitificaran. Lo que siempre me ha gustado ha sido compartir con mucha gente de ciudades de Latinoamérica la experiencia que tuvimos en Barcelona aplicándola a sus ciudades. Los centros de sus ciudades están más o menos bien, pero en cuanto coges un autobús y vas saliendo a las afueras, ves que en cada parada se va degradando.

¿En qué tienen que cambiar las ciudades para que sean más cercanas a los ciudadanos?

Cuando montamos lo de Barcelona, había un equipo muy creativo de alta inteligencia y solidaridad ciudadana que luchaba por crear una ciudad de ciudades. Hemos de hacer que todos los servicios públicos estén a un máximo de quince minutos de cada ciudadano. Ahora, la alcaldesa de París lo está proponiendo. Frente a la movilidad de las grandes ciudades, con los consiguientes problemas de tráfico y contaminación, deberíamos tener ciudades barrio para que no fuera necesario trasladarse al otro extremo de la ciudad. Al menos en lo básico. La gente, de esta manera, podría trasladarse en bicicleta o ir andando a los sitios, se podrían peatonalizar muchas calles y plazas y los niños y las niñas podrían volver a jugar en las calles. Y poner mucho verde, por supuesto. Deberíamos volver a lo pequeño, a lo confortable. Esto no quiere decir que no haya equipamientos de ciudad. Hacer esto en muchas ciudades, Sevilla, Madrid o Barcelona, por poner tres ejemplos, es bastante complicado por la densidad de las ciudades. Pero hay que intentarlo.

¿Y cómo se logra?

Yo soy muy amigo de Oriol Bohigas, y a veces discutimos en plan amistoso sobre lo más importante en una

ciudad. Para él es derribar. Dice que es su pasión. Y estoy de acuerdo. No podemos permitir que las ciudades sean tan compactas. Debemos derribar islas de casas. Hay mucho que hacer en este sentido. Pero estas medidas comportan una visión de la ciudad a veinte o treinta años. Lo que pasa es que ahora tenemos políticos de partido y no hay políticos de inteligencia ciudadana que quieran replantear su trabajo con los ciudadanos. Y los ciudadanos no pueden pedir solo que se les arregle lo que está justo delante de su casa. Todos debemos tener visión global. Y no hay atrevimiento.

¿Cuál es su ciudad ideal en estos momentos?

Lisboa, sin duda. Sobre todo, por el presidente que hay ahora en el país, Marcelo Rebelo de Sousa. Además, las decisiones que están tomando en el ayuntamiento de Lisboa son muy acertadas. No están haciendo cosas espectaculares, pero están aunando fuerzas.

¿Y Barcelona?

A mí me sigue gustando Barcelona, aunque la prefiero sin turismo. Ahora, con el confinamiento, salgo a pasear por la ciudad y me maravillo de lo increíble que es. Pero esta ciudad no puede centrar toda su industria en el turismo. Siempre he dicho que, algún día, un loco acabaría poniendo una bomba en la Sagrada Familia o en el Camp Nou, pero no ha sido un loco sino un virus. Y lo mismo podría decir de toda nuestra costa. Yo amo el turismo, claro que sí, pero montar una ciudad solo para el turista de hoteles, restaurantes y bares me parece una vergüenza pública. Hemos montado un parque temático pensado para que los turistas se diviertan y follen. Y esto no puede ser. Si hay que montar algo será para los ciudadanos. En Barcelona no se ha sabido gestionar el turismo.

La marca Barcelona ha funcionado durante muchos años, pero ahora, con todo lo ocurrido en los últimos años, ¿en qué situación ha quedado? ¿Cree que ha perdido algo de su potencial?

Ahora voy a hablar como profesional, no como un experto. La marca Barcelona funcionó muy bien desde 1983 a 2004, que fue cuando se hundió como ciudad sin perspectiva de futuro. El Fórum Universal de las Culturas 2004 mató la marca Barcelona porque tenía que estar centrada en tres valores clave: respeto a la naturaleza, no violencia y compartir la ciudad con los inmigrantes, y no hicieron nada de esto y la cagaron. A partir de entonces hemos entrado en una dulce decadencia. El problema es que llevamos 16 años de dulce

decadencia. La puntilla, además, la ha dado el virus, que ha destrozado todo el modelo de ciudad. Yo me he preguntado durante el confinamiento que cuánto tiempo faltará todavía para que una mujer paquistaní sea alcaldesa de Barcelona.

Durante décadas se dijo que Barcelona era la ciudad más cosmopolita de España. ¿Lo sigue siendo ahora tras el procés?

(Enorme resoplido) Todavía hay cosmopolitismo en Barcelona, pero ahogado por el *procés*, que nos ha hecho mucho daño y nos ha empequeñecido. (Largo silencio) Yo quisiera que Cataluña fuese una república, pero una república libre confederada con el resto de España, como lo es Baviera con Alemania. Aquí en Cataluña falta gente que piense de otra manera. Al final, todo el tema del *procés* es retórico. Yo fui a votar el 1 de octubre, pero no quiero la independencia sino una república confederal. No quiero perder los lazos con Andalucía, con Asturias, con Madrid o con Castilla. Creo sinceramente que España en unos años será una unión de repúblicas confederales. Y no pido la luna.

¿Cómo vivió lo ocurrido el 1 de octubre?

Lo del 1 de octubre fue lamentable porque nuestros políticos declararon la independencia con la boca pequeña. Y el que la propuso se fue a vivir a Bélgica como una reina madre. No me lo puedo creer. El independentismo se tiene que replantear porque el tema no se aguanta más. Es un asunto muy complicado porque en Cataluña se ha enquistado mucho y en el resto de España, más todavía.

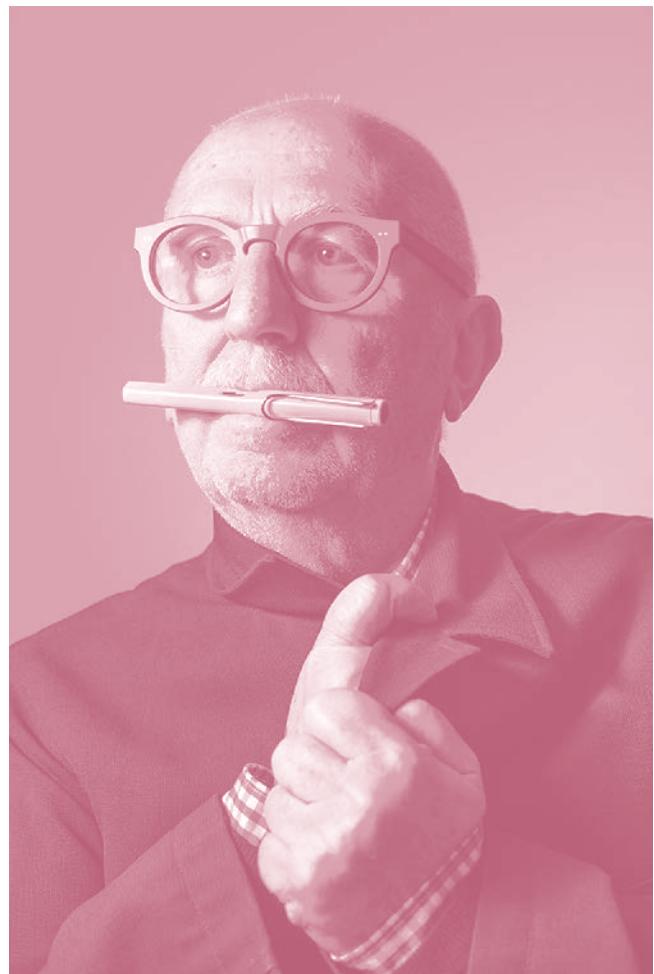
¿Qué importancia tiene la gestión cultural en amalgamar la ciudad?

La gestión cultural murió para mí. Durante esta entrevista he despotricado sobre la gestión cultural, pero un tiempo atrás estuvo muy bien y fue muy necesaria. Gracias a la gestión cultural tenemos excelentes profesionales y espacios culturales muy interesantes, pero después se hundió todo por el espectáculo. La concepción de la actual gestión cultural deriva de la que se inició a principios de los ochenta y sigue estando muy centrado en lo artístico. Yo, por ejemplo, hace años que no pronuncio la palabra *artista*, y cuando la pronuncio voy al lavabo y me cepillo los dientes. Yo creo en la movilización cultural. Así que no debemos gestionar la cultura sino movilizar a los ciudadanos para que se impliquen en sus vidas y en la ciudad a partir de unos valores determinados. Si esto se da así, la cultura es imprescindible para vertebrar la ciudad que queremos. Por eso creo que el

primer servicio público de una ciudad debe ser la cultura, separada del espectáculo. Yo necesito de vez en cuando un espectáculo que me relaje y me evada, es muy honrado quererlo, pero no lo confundamos con cultura. No son necesariamente contrapuestos. La gestión cultural se ha centrado en la economía, en contar públicos, en tener mucho dinero para montar grandes producciones, en implicar a las empresas que engañan al fisco, etcétera. Todo esto se ha de replantear, pero no sé si seremos capaces de replanteárnoslo. Yo, como mínimo, intento aplicármelo en las montañas.

He leído decenas de entrevistas tuyas y me he percatado que en los últimos años casi todas las entrevistas se las han hecho en Latinoamérica y apenas alguna en España. ¿Por alguna razón en particular?

Porque España es un país de sabios, amigo mío (largo silencio). En este país parece que lo sabemos todo y que lo hayamos hecho todo. Las ciudades españolas de los años ochenta estaban muy mal por la dejadez del franquismo. Lo que pasó entonces es que algunos alcaldes ligados al Partido Socialista, aunque no solo al PSOE, empezaron a remodelar las ciudades. Pongo de ejemplos a Barcelona, a Madrid y a Santiago de Compostela. Esto duró hasta los años noventa. Y ya parecía que lo sabían todo. Hace poco ha sido Málaga, con su transformación hacia una ciudad artística. El actual alcalde me pidió en varias ocasiones que fuese al Ayuntamiento y diese una conferencia para que rompiera el cerebro burocrático y administrativo de todos los técnicos. Recuerdo que había un pequeño equipo muy bueno. Yo les di el pistoletazo para que ellos cambiasesen la ciudad de otra manera. También estuve trabajando con el Ayuntamiento de Bilbao tras el éxito del Guggenheim. Pero básicamente donde he trabajado más ha sido en Latinoamérica. Y es por una historia muy interesante. Yo soy discípulo de Pasqual Maragall pues me marcó en la manera de trabajar. Pero yo siempre he tenido la vertiente prociudadana y en las estructuras organizativas causa problemas porque dentro de los partidos se ve mal. Así que te desplazan. Y yo he sido exiliado internamente varias veces. Esto me ha hecho aprender mucho. Pero después me volvían a llamar de otros servicios que tenían problemas hasta que lo remodelábamos y lo sacábamos adelante. Pero a finales de la década de los noventa me exiliaron definitivamente porque hubo una revuelta dentro del partido bastante desastrosa y mi jefe político me recomendó que desapareciera durante dos o tres años, así que empecé a aceptar todas las invitaciones que me llegaban de Latinoa-



mérica para que les contase todo lo que habíamos cambiado en Barcelona. Y esto fue genial para mí y también para el Ayuntamiento de Barcelona porque al final lo valoraron. Yo le he dado mucho a Latinoamérica y Latinoamérica me ha dado muchísimo. Pero en los últimos cuatro años, mi salud se resentía al viajar tan lejos. No puedo tomar un avión cada dos meses y esto ha provocado que baje el ritmo.

¿En Latinoamérica está aún pendiente una revolución cultural?

El problema de Latinoamérica es que consideran la cultura como distracción para las élites, con algunos experimentos muy interesantes en las favelas y en barrios marginados, pero pocos expansivos y significativos. Creo que el problema de Latinoamérica ha sido pasar del comunismo al populismo. Pongo dos ejemplos espeluznantes: Argentina y Brasil. Y po-

día poner otros ejemplos. No ha habido una revolución cultural en favor de la democracia. Y no la ha habido porque los gobiernos no han solucionado los sistemas de servicios básicos para la vida con una cierta dignidad común. Este es para mí el gran pecado mortal de Latinoamérica. Y queda pendiente.

Según usted, el gran problema de Europa es cómo trata a los inmigrantes. ¿Cómo podría hacerse mejor?

(Gran carcajada) ¿Sabes cuál es mi gran propuesta de marca para Barcelona? Barcelona, Capital de las Culturas Mediterráneas. O sea, Barcelona como ciudad de acogida de todos los inmigrantes para plantear una cultura común para Europa. Si Maragall estuviese todavía activo y al frente del Ayuntamiento de Barcelona, ya lo habría hecho. Este es el gran reto. La inmigración no es una gran catástrofe, sino que es una oportunidad y una bendición porque las culturas tenemos que consensuar un mínimo y ha de haber ciudades que lo propicien. Y esta ciudad tendría que ser Barcelona. Desde las instituciones públicas se debería apostar por una ciudad multicultural con una cultura común. Se ha trabajado un poco desde la gastronomía, pero se tiene que trabajar desde la cultura. Y que nadie se engañe: los necesitamos económicamente. El problema viene cuando tenemos en el parlamento a un partido como Vox, que es la criminalización del odio y la humillación de todos los ciudadanos.

Es un tema difícil

Mucho. Creo que necesitaríamos un gobierno que cambie toda la comunicación sobre la inmigración y muchas reglas del juego. Para que no muestren que la inmigración son solo los temporeros. Un ejemplo lo tenemos en el barrio del Raval de Barcelona. Estaba hecho un desastre, pero gracias a los inmigrantes que han puesto negocios por todos los sitios lo han levantado. Lo cuidan y le han dado vida. Veremos qué pasa tras el confinamiento.

¿Qué opinión le merece el ingreso mínimo vital?

Maravilloso. Por fin. Aleluya. El Estado tiene que asegurar que cualquier ciudadano tenga los mínimos para vivir. Además, y no soy de policías ni de espías, ha de educar a los ciudadanos para que con este dinero salgan hacia adelante. Yo lo celebro, pero he visto situaciones parecidas en Latinoamérica, en Venezuela por ejemplo, donde no lo llaman así, que a través del subsidio la gente no quiere trabajar. El ingreso mínimo vital exige una respuesta responsable de la gente que

lo recibe para mejorar sus vidas. Estoy encantado y me parece la mejor noticia durante toda esta crisis del coronavirus, pero habrá que concienciar a los ciudadanos de su responsabilidad.

¿Y cómo se consigue esta concienciación?

Es un proceso largo. Pasó hace años con la salud. Hay que concienciar a los ciudadanos de su responsabilidad a la hora de alimentarse bien y hacer ejercicio físico para mejorar así su salud. Por supuesto que, si luego necesitan un buen hospital, el Estado se lo tiene que facilitar. Las mujeres han aprendido que tienen que hacerse revisiones de mamas para prevenir. Los hombres nos tenemos que concienciar aún que nos tienen que meter un dedo en el culo para comprobar el estado de nuestra próstata. Esto es una colaboración mutua entre el Estado y los ciudadanos. Yo te ayudaré pero tú también tienes que poner de tu parte. Porque los servicios públicos no son gratuitos. En España falta mucho civismo. Y lo estamos viendo en estos días con el tema de las terrazas, todas llenas de gente sin mascarillas y sin mantener las medidas de seguridad. Necesitamos campañas de concienciación no ideológicas. En Barcelona hicimos campañas para que la gente cuidase los árboles o para que recogiese la mierda de sus perros. Cada mes, cada mes y cada mes. El problema surge cuando a estos gobiernos economicistas les parece que tiran el dinero con estas campañas de concienciación.

Esta entrevista es para la revista *Periférica Internacional*, gestionada y publicada por el Servicio de Extensión Universitaria de la Universidad de Cádiz. ¿Cuál es su opinión sobre la labor realizada hasta el momento por esta universidad andaluza en lo referente a gestión cultural?

La labor realizada por la Universidad de Cádiz en lo referente a gestión cultural es modélica, hecha a conciencia. Esta última palabra es clave para mí. Han sido pioneros en muchas cosas y las han aplicado bien. La Universidad de Cádiz es un referente poco conocido todavía. Una pena. Parece que solo se conoce bien lo que se hace en las grandes ciudades. Lo que me gustaría ahora es que se repensaran bien todo lo referente a la gestión cultural en el poscoronavirus. Porque ahora toca innovación creativa solidaria.

¿Cómo quiere vivir Toni Puig su presente y el resto de su vida?

Yo estoy feliz en mi monasterio carolingio del siglo X, trabajando de manera artesanal con un equipo de poca gente. Y en el futuro me veo allí y en las cinco iglesias románicas

preciosas que llevamos. He vuelto a la cultura de base y estoy encantado. Allí tengo un apartamento y me paso tres meses en un pueblo de ochocientos habitantes, aunque me siento como si estuviera en Nueva York. No necesito nada más. Y estoy escribiendo más que nunca. Disfruto de las pequeñas cosas.

La vida con mascarilla es más jodida, ¿no?

Sí, sí, sin duda, es más jodida. Pero es clave. Yo salgo ahora todas las mañanas, que estamos en fase 2, a pasear con la mascarilla. Y me toca mucho las narices porque cuesta respirar cuando hace calor, pero me la pongo. Es cuestión de respeto a los otros. No somos conscientes de lo que ha pasado y de lo que puede volver a pasar si hay un rebrote. En mis paseos matutinos me paro a leer y a escribir a un parque cercano y desde mi banco increpo a todo el mundo que no lleva mascarilla. No llevarla me parece de una insolidaridad increíble. Mucha gente me responde que no está infectada.

¡Imbécil! Puedes contagiar a otros. Además es obligatoria. El uso de la mascarilla nos tendría que hacer pensar en qué país y en qué mundo queremos vivir. Debajo de mi casa hay un bar con una terraza que antes tenía cuatro mesas y que ahora tiene como veinticinco. Es lo de siempre, hemos vendido la ciudad al negocio. Porque alguien dice que lo más importante es la economía. ¡No es verdad! Podemos vivir de otra manera, desacelerando y siendo conscientes de lo frágil que somos.

Frágiles y consumistas

No debemos comprar tantas cosas al año. Incluso los grandes diseñadores mundiales de moda de lujo están hablando de organizar un solo desfile al año. Ya he decidido que no pienso comprar más ropa en la vida. Voy a reciclar todo. Es el camino.